

## Palabras mudas.

Como todas las mañanas de domingo ahí estábamos, mi abuelo y yo. Sentados en nuestra roca, la de siempre, en la que hace años venimos sentándonos a contemplar el paisaje que nos rodeaba, al que solo él, sabía ir, era nuestro lugar preferido, donde desconectábamos de todos los problemas de la ciudad, del día a día, en fin, de lo que se estaba convirtiendo la vida misma.

Ambos tenemos un carácter muy parecido, yo no sé describirlo, pero los dos sabemos cómo somos, y los dos queremos por sonrisas. Eso sí, no todas las sonrisas, solo las que él y yo sabíamos distinguir, esas que están en extinción, esas en las que ni siquiera estás pensando en que tienes que sonreír. Esas sonrisas que duran segundos, pero que no las olvidas nunca.

Darí­a lo que fuera por más momentos como este, en los que eres un niño, en los que no te preocupa nada, en los que sólo disfrutas el momento –pienso, pero lo mantengo en silencio.

Poco a poco, ese cielo tan libre, tan transparente y lleno de frescura se tiñó algo más oscuro. Ambos decidimos volver a casa. Esa misma noche, al llegar a casa fui directa a la cama, necesitaba mi dosis de música y estar cerca de mi almohada, la única que conoce mis verdaderos pensamientos y sentimientos, la que acepta mis dudas, la que me escucha, aquella que siempre está esperándome y la que a veces tiene miedo de verme sufrir, la que huele igual que yo, y sobre todo, aquella que siempre está dispuesta a escucharme, mi compañera de sueños.

Despierto, bastante pronto, pues tengo que ir al colegio. Como cada mañana desayuno, me ducho y me preparo para empezar otro día más, lo que yo no sabía es que ese día lo cambiaría todo, mejor dicho, me cambiaría a mí.

Ocho y veinte de la mañana, cojo mi mochila y salgo de casa. – Vaya, el día es bastante frío – pienso. Mientras camino en dirección al colegio, voy repasando que llevaba todo el material en mi mochila, todo parece estar perfecto, ese día pensaba que sería perfecto. En clase todo marchó mejor de lo esperado, pues salí muy satisfecha de ahí. Camino a casa, imaginaba lo orgullosos que se pondrían mis padres al escuchar dichas noticias y sin pensarlo, estaba sonriendo de nuevo, otra sonrisa de esas que solo mi abuelo y yo comprendíamos.

Cuando llego a casa, me sorprende que no haya nadie, aunque lo único que pienso es que mi madre habrá salido tarde de trabajar, pero no, no fue así. Minutos más tarde, ahí estaba mi madre, no traía buena cara, pero sólo imaginé que tenía un mal día. Pocos metros antes de llegar a mí decidió mirarme, sólo fue una mirada fría, fue

una mirada de esas que me dijo todo lo que ella aún no me había contado. Nada más llegar a mí me abrazó, y con los ojos llorosos me contó que mi abuelo estaba en el hospital. Me quedé parada, no sabía cómo reaccionar, bueno, mejor dicho, no sabía reaccionar, no salían lágrimas, ni siquiera palabras. Sin duda alguna nos dirigimos raudamente allí, ni siquiera tuve que preguntar dónde estaba mi abuelo, algo me guio, no me paré a pensar en qué, pues estaba muy nerviosa, lo importante es que llegué a esa fría y blanca habitación a la que tanto respeto tenía. Allí lo vi, acostado, no dudé en abalanzarme sobre él y abrazarlo, fue la primera lágrima la que cayó sobre él, agarré su mano y no la podía reconocer, estaba fría, y lo que fue peor, no me transmitía nada justo después, se acercaron los médicos, y sin expresividad alguna en la cara, desplazaron su camilla hasta otra habitación, donde estaba él, solo rodeado de paredes blancas, sin color, sin vida. No podía seguir así, pero su estado tampoco dependía de mí, mi mente se puso a trabajar. – Basta de llantos, necesito hacer algo para sentirme mejor conmigo misma, necesito ayudarlo – pensé. Dejé pasar el tiempo, y esa misma noche, actué.

Dejé que estuvieran todos dormidos para coger una mochila, llenarla de espráis y salir de casa, bajé al garaje, a continuación, cogí mi bici. Pedaleé unas cinco o seis manzanas, y después, seguí la carretera que me llevaría otra vez con mi abuelo. Llegué al hospital, dejé mi bici apoyada a una señal de tráfico, para mi sorpresa, había bastante gente. Me incorporé detrás de una mujer embarazada que entraba por urgencias con su marido, pero cuando nadie miraba, subí las escaleras hasta llegar a la planta en la que dormía mi abuelo. Aún recordaba perfectamente la habitación, entré sigilosamente, pues allí no se escuchaba nada, sólo había silencio. Contemplé a mi abuelo, seguía igual, le besé la mano y sin dudarle, empecé a pintar en la pared aquel paisaje que él tanto conocía, nuestro lugar. Yo nunca he sabido dibujar bien, pero cuando las cosas salen del corazón, son diferentes. Quedó muy bien, tal y como nosotros lo contemplábamos desde aquella roca. Podía mirarlo eternamente, pero no tenía tiempo, así que decidí marcharme. – Sólo es cuestión de tiempo – me dije a mí misma. Volví, volví a casa, satisfecha, algo me decía que mi abuelo mejoraría.

Durante las noches de esa semana, no acudí al hospital, pues no quería enfrentarme a nada relacionado con aquello que salvaría a mi abuelo. Tardó días, pero aquí estamos, sentados en la roca de nuevo.